

Inmigración y xenofobia

Una parte significativa de la población española percibe la inmigración como un problema. La derecha suele hablar del "segundo problema de España". Los datos del barómetro de enero del CIS, sin embargo, lo sitúan en el cuarto lugar entre los problemas del país y en el sexto lugar entre los problemas que afectan personalmente a los encuestados. No obstante, tal consideración supone una novedad respecto a periodos anteriores, y asemeja la sociedad española en este aspecto a otras sociedades europeas.

Las migraciones son consustanciales a la naturaleza humana y a su historia. Ha estado presente en todas las etapas de la historia y en todos los ámbitos geográficos, de una u otra manera, con una u otra dimensión. El balance de la aportación de las migraciones ha sido generalmente muy positivo, tanto para los territorios de salida como para los de llegada. Los migrantes han aportado fuerza de trabajo, nuevas ideas y conocimientos, y diversidad cultural, entre otras riquezas.

La inmigración irregular es una cuestión distinta, específica y más reciente. Constituye un problema y un desafío importante para las sociedades de partida, de destino y de tránsito. Las causas más comunes son el hambre, la pobreza, la desigualdad y la falta de oportunidades. Las guerras y la persecución por razones políticas, religiosas o de orientación sexual también están a menudo presentes.

La naturaleza de esta migración irregular es muchas veces insegura, precaria, con situaciones frecuentes de violencia. Por lo tanto, este reto ha de resolverse atendiendo a sus causas dramáticas y a su naturaleza de vulnerabilidad, asegurando la vigencia de los derechos humanos para los hombres, mujeres y niños que se ven abocados a abandonar sus hogares y emprender una aventura de resultado incierto. El objetivo debe ser, en consecuencia, el fomento en lo posible de la migración ordenada, segura, legal, y la garantía de los derechos humanos para todos, en situaciones de regularidad y de irregularidad.

El gran problema que se presenta hoy en las sociedades avanzadas es el de la utilización de este desafío como un activo ideológico y electoral por parte de la ofensiva ultraderechista en España y en buena parte del mundo. En su persecución del poder, la estrategia ultra sustituye la razón por la emocionalidad negativa en el discurso, azuzando el miedo, la frustración y el odio. Señalan falsos culpables para problemas reales, tratando de convertir a migrantes, homosexuales, feministas o políticos progresistas, en la diana sobre la que disparar aquella emocionalidad negativa. Y utilizan las redes sociales para difundir masivamente sus acusaciones falsas, su desinformación y sus bulos.

Es preciso desmentir esos bulos. No es verdad que la inmigración sea masiva en España,

La estrategia de la ultraderecha sobre la inmigración sustituye la razón por la emocionalidad negativa en un discurso plagado de bulos, que azuza el miedo, la frustración y el odio como vía para alcanzar el poder. No es verdad que la inmigración sea masiva en España, porque apenas llega al 6,3% de la población, descontados los europeos. Tampoco lo es, que crezca la inmigración irregular, o que los inmigrantes roben el empleo a los nacionales.

porque apenas alcanza el 6,3% de la población, descontados los europeos. En Francia, por ejemplo, la proporción es más del doble. No es cierto que crezca la inmigración irregular, que retrocede en 2025 respecto a 2024 y no llega al 4% del total. Es mentira que los inmigrantes roben el empleo a los nacionales, porque muy mayoritariamente ocupan trabajos en la agricultura, la hostelería, la construcción y las manufacturas, que no son demandados por los trabajadores españoles.

Engañan quienes identifican inmigración con delincuencia, porque en los últimos veinte años se ha duplicado la población inmigrante al tiempo que ha disminuido en nueve puntos la tasa de criminalidad. Y, finalmente, tampoco es verdad que monopolicen las prestaciones o servicios del Estado de Bienestar, porque los que perciben el Ingreso Mínimo Vital en un 83% son españoles y porque sus aportaciones fiscales y sus cotizaciones superan en mucho el coste de lo recibido en sanidad, educación o servicios sociales.

Especialmente rechazable es el odio que dirigen hacia quienes denominan con el acrónimo MENA (menores no acompañados), que no son sino niños y niñas en situación de clara vulnerabilidad y a los que tanto nuestras leyes como el derecho internacional protegen de manera taxativa y contundente. Los datos demuestran, además, que hasta el 71% de esos niños y niñas cotizan a la Seguridad Social en cuanto alcanzan la mayoría de edad y que, incluso, más de un 15% empiezan a trabajar regularmente entre los 16 y los 18 años.

En realidad, el rechazo ultra a la inmigración es muy selectivo. Señalan y odian al inmigrante pobre, negro y magrebí, pero nada critican del venezolano rico o del ucraniano caucásico. Se trata, por tanto, de una xenofobia mayoritariamente racista y aporofóbica.

La estrategia ultra contra la inmigración merece un triple reproche. Un reproche político por la utilización artera de la extrema vulnerabilidad de estos seres humanos en sus objetivos de poder. Un reproche económico por poner en riesgo uno de los factores que más clara y decisivamente están contribuyendo a la prosperidad de nuestro país. Y, sobre todo, un reproche ético, porque deshumanizar a hombres, mujeres y niños, pobres, negros o magrebíes, situándoles en la diana de miles de odiadores, en beneficio propio, es una inmoralidad absoluta.

Ha de preocupar mucho en la sociedad española

la asimilación reciente de estas estrategias y estos discursos xenófobos por parte de la derecha tradicional española. La identificación del PP con Vox constituye ya un problema de gran alcance para nuestra democracia.

Cabe también apelar a la memoria histórica de la sociedad española, que hasta hace solo un par de generaciones y durante mucho tiempo, fue un país de emigración. Los españoles emigraron al exilio a causa de la brutal represión franquista en los años treinta y cuarenta. Y volvieron a emigrar en los años cincuenta y sesenta huyendo del hambre y la miseria en la que les sumía

la dictadura. Sería esperable algo más de empatía hacia quienes ahora llegan a nuestras costas y nuestros pueblos y ciudades con idéntico propósito de encontrar una vida mejor para los suyos.

Un par de reflexiones de esperanza para terminar. Aquí, en España, aun somos mayoría quienes compartimos valores de solidaridad y justicia social, y se demuestra cada día con un modelo para el mundo de integración y convivencia entre nacionales y migrantes. Y al otro lado del Atlántico acaba de ganar las elecciones locales en la ciudad de Nueva York, la capital del mundo, un progresista enfrentado precisamente y con claridad a xenófobos y odiadores. **TEMAS**

